



CÓMO Y POR QUÉ
EL MUNDO TE ENGAÑA

Erik Vega

CÓMO Y POR QUÉ
EL MUNDO TE ENGAÑA



Primera edición: octubre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Erik Vega

ISBN: 978-84-10400-62-7

ISBN digital: 978-84-10400-63-4

Depósito legal: M-22645-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres, que me enseñaron a ser una buena persona.

A mi hermano, que nunca se rinde.

A ti, mi guía en la oscuridad.

ÍNDICE

PRÓLOGO EL DESPERTAR.....	11
I 2000 AÑOS DE HISTORIA	27
II PIRÁMIDE DE TRES CARAS	37
PARTE I – INDIVIDUO	37
PARTE II – MIEDO	41
PARTE III – COMUNIDAD	51
PARTE IV – RECONCILIACIÓN.....	61
III EL OJO QUE TODO LO VE.....	65
IV REY DE PICAS.....	75
V FRUTO DEL EDÉN.....	81
VI ¿TABULA RASA?.....	91
PARTE I – CAUSA	91
PARTE II – EFECTO.....	95
VII DESTRUCCIÓN CREATIVA.....	101
VIII LA CATAPULTA SOLO DERRIBA LA MURALLA CON EL PROYECTIL ADECUADO	113

IX LA VIBRACIÓN DEL QUINTO ELEMENTO	123
X MÁS SABE EL ZORRO POR VIEJO QUE POR ZORRO	131
XI PARTIDA DE AJEDREZ. ¿BLANCAS O NEGRAS?..	137
XII VACÍO ARGUMENTAL.....	145
XIII EL OVILLO Y SU HILO CONDUCTOR.....	151
PARTE I – PUNTO DE PARTIDA.....	151
PARTE II – RUMBO	157
XIV TRIPLE HÉLICE	165
XV CARRETERA DE SENTIDO ÚNICO, PARAJE ABRUPTO Y RESULTADO INCIERTO.....	171
XVI DOS-CARAS.....	175
XVII EL LÁTIGO INVISIBLE.....	181
XVIII NO ES EL SEMBLANTE SINO LOS ENGRANAJES LO QUE HACEN FUNCIONAR AL AUTÓMATA	187
EPÍLOGO CÓMO Y POR QUÉ EL MUNDO TE ENGAÑA	193

PRÓLOGO

EL DESPERTAR

«No hay peor tiranía que la que se ejerce a la sombra de las leyes y bajo el calor de la justicia».

MONTESQUIEU

Cuando uno escribe, entiendo, debe preguntarse para qué escribe. ¿Es porque quiere o es porque debe? El querer implica un disfrute; el deber, un acto de servicio. Lo que uno elige depende de lo que uno prioriza. Si elige el disfrute, será su individualidad; si elige el deber, será la comunidad. Sin embargo, esta sería una distinción un tanto desafortunada, ya que alguien podría objetar que dicho disfrute también tiene cabida en el acto de servicio. Sería la figura del mártir, cuya idea de trascender a la muerte le da fuerzas para alcanzarla; cuya idea de servir a algo más grande le hace, *de facto*, grande. Y, si bien es cierto que tenía y tiene en el punto de mira a la comunidad, no es como la causa de sus actos, ni tampoco como el efecto deseado de los mismos, sino como la razón para tener una causa por la que vivir y morir, con la mera idea de haberla alcanzado en vida como fuerza motriz para, paradójicamente, abandonarla. Así pues, es apropiado hablar de egoísmo y de la errónea concepción del yo, que lo sitúa en el limbo de la maldad, porque *maldad* significa perjudicar a los demás, no priorizarse ante los demás. No lo hagas y verás bien pronto como nadie lo hará

por ti. Aquel incapaz de ayudarse a sí mismo jamás será capaz de ayudar a los demás. Proyectará sus carencias porque no entenderá que la ayuda parte de la autoayuda.

Ten cuidado con las figuras sociales propias del altruismo, porque rara vez son lo que dicen ser. El altruista no necesita hacer alardes, pues no busca el reconocimiento y se basta con saberse del lado del bien. En cambio, su opuesto querrá ser bueno por la reputación que la bondad le brinda, y, tan pronto como esa reputación no sea parte del galardón final, su interés por la bondad se diluirá. Por tanto, lo primero será figurarse el verdadero incentivo. Sacerdotes, profesores o políticos son tan solo algunos ejemplos de altruismo. Aunque no todos, muchos de ellos venden remedios éticos que para sí no tienen, porque venderlos no significa predicarlos. La fuerza de este razonamiento dicta un claro camino: priorizar tu individualidad no te convierte en egoísta, así como priorizar a la comunidad tampoco te convierte en bondadoso. Porque la ética es mucho más compleja que examinar el resultado. Es conveniente atender a aquello que trasciende al hecho, el motivo, carácter de la intención y última instancia de la justicia, conocida como karma en culturas orientales o causa y efecto en occidentales. Reconocer esa causa y desgranarla en las intenciones subyacentes es el deber del magistrado. La pregunta por qué otorga la fuerza: es la frecuencia energética, el empuje, la acción.

Debes entender que tener la voluntad de hacer el mal y errar en la ejecución no cambia la naturaleza de la acción, mas sí el castigo, para fortuna del ejecutor y desgracia en el porvenir de la víctima. El resultado es, a veces, el mejor conductor de la justicia, aunque no siempre. Así como hay elementos conductores de la electricidad, véase el agua, hay otros que todavía lo son más, véase el cobre o el oro. Del mismo modo, el resultado es un buen conductor, pero la intención es su verdadero radical. Porque quizás el mártir fue más egoísta, y el egoísta más fraternal, pensando que solo ayudándose a sí mismo podría ayudar a los demás. El uno, desesperado, buscó alivio en el reconocimiento; el otro, consecuente, supo el lugar que

ocupaba y no se extralimitó, sino que evitó el autoengaño y aceptó las circunstancias circundantes. En definitiva, para discernir el bien del mal, no basta con atender al hecho, también hay que atender tanto a la intención que dio voz a ese hecho como al contexto en el que esa intención se fraguó. Solo así el veredicto será completo y, en mi opinión, justo.

Cuando se aborda cualquier causa relativa a cualquier materia, cabe preguntarse a qué da respuesta. ¿Es a lo relativo al ser? ¿A la disposición de ánimo? ¿Al saber? En las preguntas reside el poder y, en función de cómo se formulan, se acotan las respuestas, que acostumbran a caer por su propio peso. ¿De dónde vengo? ¿Qué soy? ¿Por qué existo? Entender la causa y efecto es pensar en los mismos términos en los que el universo se expresa, o al menos en los mismos en los que lo percibimos. Las preguntas son esa causa inicial y motor inmóvil al que se refería Aristóteles, que formulado apropiadamente imanta la verdad. ¿Me preguntas por qué? Parten de la creatividad, conexión directa con el universo; proyección del TODO y energía divina que acciona los principios. Tendrás tiempo de conocerlos, no tengas prisa, todo llega a su debido tiempo; deja que actúe. Por ahora, me basta con que sepas que el conocimiento parte de la pregunta, la pregunta de la humildad y la humildad del reconocimiento de la ignorancia, todo en consenso con la virtud, como no podría ser de otro modo.

Si me preguntas cómo comenzó todo, de buen agrado te explicaré su historia. De una profunda y verdadera necesidad por sobrevivir nació la epistemología, de las fricciones y el inconformismo la ética; pero la humanidad no se detuvo ahí y buscó más. La inquietud intelectual fundó la metafísica; la observación, el método científico. La lógica llegaba y, así, el humano vertebraó el entorno, haciendo del vértigo, por una realidad desconocida y hostil algo sólido, seguro y predecible. Todo estaba expuesto, pero no fue hasta que alguien se hizo la pregunta adecuada que el cerrojo se abrió. A la sombra de un manzano, Isaac Newton descansaba plácidamente cuando una manzana cayó. ¿Por qué esa manzana siempre

caía en perpendicular al suelo? La evidencia siempre estuvo ahí. ¿Cuántas personas vieron antes no esa, sino muchas otras manzanas, caer? Sin pregunta no hubo respuesta, sin respuesta progreso. Hicieron falta milenios y una mente brillante para ver su rostro. Los sentidos fueron útiles; pero su naturaleza, parcial y su capacidad, insuficiente. Hizo falta el razonamiento para concluir que había fuerzas ocultas. El progreso continuaba y al método científico le siguió la tecnología, que asistía al humano en su partida hacia lo desconocido. El misterio comenzaba a revelarse, y algunas de sus causantes, a descifrarse. Gracias a experimentos bajo condiciones constantes, el humano era capaz de concluir verdades absolutas. La humanidad avanzaba, pero por cada respuesta nacían cientos de nuevas preguntas. El saber, cada vez más indómito; la tecnología, más necesaria. El conocimiento se había convertido en un axioma que subyugaba a la humanidad, que lucía soberbia por el progreso a la par que ignorante por las consecuencias que dicho progreso acarrearía. Esa ingenuidad formaba parte de la estructura del edificio metafísico, basada en una falsa sensación de control. El espíritu crítico formaba parte de la obsolescencia programada tan bien ejemplificada en sus aliadas, las máquinas. La esclavitud acechaba.

El problema no era el saber, sino la necesidad por saber, que arramblaba con todo a su paso, deshumanizando y deprimiendo a partes iguales. Vicio y necesidad eran sinónimos, aunque incomprendidos hasta la fecha. Todo acto precedido por este peligroso binomio compartía el mismo destino: condena y perdición. Porque ese avance no podía ser avance en tanto en cuanto estaba viciado por la necesidad, precedido por una condición insaciable por definición, despertada de su letargo por la carencia. Resonaba en todas partes, en todos los estamentos. Solo cambiaba el grado. «Necesito estudiar porque debo tener un buen trabajo», decía uno; «Necesito hacer deporte porque debo parecer atractivo», añadía el subconsciente de otro; «Necesito ser fuerte, fingir, encajar y ser aceptado por los demás», rogaba un tercero. Los actos dejaban de ser vírgenes y puros, y, por lo tanto, en cierto modo, dejaban de ser. Se con-

vertían en imágenes tras bastidores, la vida en su obra de teatro. En primera instancia, la tecnología lo facilitaba todo: mayor calidad de vida y más tiempo para el disfrute y progreso personal, pero su traducción era la falta de propósito. El daño estaba hecho. La tecnología ya no solo era sinónimo de riqueza, sino también un portal a la ficción que todo hombre anhelaba vivir: utópica en intenciones y distópica en resultados. El problema no era el avance, sino el uso que se le daba a ese avance. Uno era rico por haber invertido todo su dinero en ropas de marca que luego exhibía en redes sociales; su realidad, la pobreza. Otro, famoso por haber comprado seguidores que no le conocían; su realidad, la falta de amor. La sociedad era frágil, una calcamonia de la desmedida imaginación humana que pocos conseguían entender, y todavía menos, domar.

Recuerdo a esos científicos que defendían a ultranza la necesidad por saber. Causa justa y noble, oraban orgullosos, y es que ellos también fueron víctimas de esa prepotencia que marcó el principio del fin. Subestimaron las consecuencias y, con ello, sentaron un tendencioso precedente: la necesidad por saber en favor del conocimiento estaba permitida. El debate ya no era si la necesidad era positiva, sino bajo qué condiciones lo era.

El siguiente paso fue sugestionar al qué para justificar el qué. Así, la dichosa necesidad avanzaba en todas direcciones con hogar, trabajo y relaciones sociales como algunos ejemplos. Todo sucumbía ante una bestia que se erigía como insaciable. Los primeros cambios eran convenientes, aplicaciones tangibles, industriales y productivas que reducían costes y mejoraban la calidad de vida de las personas. Más tarde, escalaron al mundo de las ideas, donde ese qué comenzaba a tomar forma: primero, en el éxito y el fracaso; después, en la felicidad y la tristeza, y, más tarde todavía, en los detalles más insignificantes: la osadía tras la seguridad de una pantalla, la soberbia bajo el velo de la ignorancia y la victimización bajo el dolor de unas emociones tan promiscuas como insoportables. El estereotipo social era un gigante con pies de barro, un compendio de contradicciones que buscaba ser el mejor en todo

sin fracasar en nada. La esencia de vivir quedaba caricaturizada mientras el mundo se sumía en la realidad de la posverdad. La integridad del concepto dejaba de ser importante porque el fin justificaba los medios. No importaba qué era verdad porque mentir no solo estaba permitido, sino que, además, era recompensado. ¿Por quién? En realidad, por todos. Por una sociedad infantil y desquiciada; perdida, cargada de miedo y hedor a muerte; degradada en su máximo exponente por culpa de la falta de propósito. ¿Acaso el uno era rico o el otro famoso? Vivían en una mentira, aquella que cumplía las expectativas propias y, por encima de todo, ajenas. Sin embargo, como toda farsa, esta también dependía del contexto. En la medida en la que uno navegaba la abstracción de Internet, todo era verosímil y congruente. Sin evidencia que contradijese el discurso o magistrado que presentase sus recursos, la tecnología era el acceso a la mentira y el facilitador de la verdad, para deshonra de quienes vivían en ella, que, cuando traían de vuelta su presencia a la realidad material, entendían en cuan frágil y carente sustrato habían enraizado sus vidas. Su producto, el ego, avanzaba a velocidad de vértigo y, con cada avance, sus esporas penetraban más hondo en las profundidades de la semiverdad. Todo era lógico porque nadie se cuestionaba qué era la lógica. Bajo unas premisas carentes de cordura, no existía la falta de cordura. Las piezas encajaban en un mundo manirroto. Occidente no había conocido otro lenguaje y buscaba respuestas con un velo ante sus ojos. Mientras se recostaba en su jaula y cambiaba su atrezo, el discurso se mantenía intacto, contaminado por la misma premisa del deber y con la necesidad como su yuxtapuesto; reflejando la carencia, arada en la ideologización del bien y abonada en el miedo.

Mientras tanto, fuera, el mundo esperaba, con la paciencia del que disponía de eones de tiempo. La caverna de Platón no fue el acto de un agudo filósofo griego, sino la representación de cómo la realidad dependía de lo que creías que era real. Ese mundo fuera de la jaula o de Matrix esperaba. Sin códigos de conducta ni juicios de valor, tan solo esperaba, paciente; con la paciencia del que tenía

iones de tiempo. Ese mundo que los niños vivían y los adultos envidiaban; ese en el que cada día brillaba el sol mientras se cernía la sombra; ese en el que ser feliz era una locura y la venganza, impartir justicia; ese en el que tener hijos no era por la voluntad de dar amor, sino para encontrar el sentido a una vida de desazón y desgracias. Sí, ese mundo tan bello como erróneamente percibido por culpa de las interferencias de una mente basada en el miedo esperaba, preparado para ser vivido, anhelando por ser sentido, y, sin embargo, huérfano. ¿Y si el camino nunca fue la lógica? ¿Y si la razón nunca fue un instrumento capaz de hallar la verdad? ¿Y si fue una ilusión más, como la vista o el olfato, útil, pero cercenado de partida por culpa de una percepción basada en el principio de causa y efecto? Todas esas preguntas resonaban con fuerza en mi interior y, aunque impregnadas por frustración y soledad, escribir sobre ellas calmaba mi rostro. Me traía paz y supongo que eso era importante si pretendía ayudar a los demás.

La primera paradoja fue darme cuenta de que a mí también me definía el inconformismo, la premisa del deber que nunca hallaba suficiencia y satisfacción. Al fin y al cabo, yo también era parte de esa sociedad. Quería escribir un contenido veraz, pero el tiempo pasaba y, con su paso, esa frustración se convirtió en entendimiento. No era posible escribir la verdad porque el lenguaje discriminaba y, por cada afirmación, se negaban cientos. Y, simplemente, lo acepté, que el lenguaje era útil para comunicarse, pero no para hallarla. Poco a poco, comencé también a comprender que nadie que escribía podía contar más que su verdad, porque ¿qué era la verdad? Escribir eran sentimientos, percepciones, vivencias... La vida era un relato; la escritura, su lenguaje. Parcial y sesgado, sí; pero bello en sí mismo: cargado de experiencias, vivo y brillante, lisonjero y pleno. Un éxtasis de lucidez cubierto por una epidemia de creencias que, paradójicamente, hacían de ello un arte. Leía autores que lo aceptaban por otros que lo negaban, convirtiendo la escritura en un método sobrio y arcaico. Entonces, comencé a entender que aceptar la ignorancia era el punto de partida en hallar la fuerza para escribir.

Mi historia es la de alguien que ve y, además, observa; que oye y, además, escucha; que quiere que el mundo cambie, pero que no sabe cómo. La psicología me ayuda a navegar la conducta humana; la ética a dirimir el bien; la lógica a no descuidar la coherencia; el espiritualismo a rendirme a la ignorancia como acto de sabiduría, a la meditación como práctica de reunificación. Sin agitación por la confrontación de ideas y dispuesto a sacar el máximo partido de todas ellas. Porque ese es mi método, seña y factor diferencial. Así como no juzgo, tampoco espero ser juzgado, mas sí considerado por todos aquellos dispuestos a cambiar como un atardecer en otoño. No me preocupa la gloria académica, para lo que ya existe el método científico, sino la vida feliz y plena, para lo que ninguna ecuación tiene respuesta. Si hablo de influencias, bienvenido sea el número *tres*:

- Los 7 principios herméticos como cuna de la civilización. Gran poder se fraguó en las entrañas del Antiguo Egipto, grandes enseñanzas cristalizaron allí todavía hoy patentes; fundamentos del saber, fundamentales en el entendimiento del universo, arquitectura de la existencia.
- La filosofía griega como solidificación de la civilización, profesionalización de las estructuras de gobierno y asentamiento de las bases morales. Desde Sócrates como padre fundador de la virtud hasta los estoicos como alzamiento del humano a la condición de Dios; sin descuidar a Aristóteles y su contribución a la lógica; a Heráclito y su trascendencia entre la vida y la muerte; a Marco Aurelio, su amor a la patria y su interés por la mutabilidad de la materia, e, incluso, a Epicuro y su reconciliación entre el deber —la felicidad— y el placer; todos ellos como la germinación de las semillas que el hermetismo plantó.
- El budismo como práctica de transformación personal, rendido al autoconocimiento del ser y con la autoaceptación como esencia que tanto ayudó a muchos a llenar de sentido sus vidas en una realidad de egocentrismo y materialismo desmedidos.

Porque, en cada recóndito lugar del mundo, hubo un legado que merece ser escuchado, procesado y, en última instancia, interiorizado. Saber qué abrazar y qué rehusar es fundamental en la era de la información, donde los estereotipos sociales marcan la pauta ética. La directriz más preocupante es que todas las opiniones valen lo mismo, que son igual de válidas y que merecen el mismo respeto. En ellas subyace la sombra de la igualdad, que osa contradecir la naturaleza de un universo dispar. El supremacismo intelectual de individuos mesiánicos es obsceno. Son los políticos y grandes empresarios, que, con el beneplácito de los ciudadanos de a pie, frustrados y con la animadversión para votarlos, osan alzarse a la categoría de Dios. El denominador común no es dinero o estamento social, cuestiones carentes de contenido, sino lo que proyectan en los demás, el cómo les hacen sentir; la intención, fundamento de la justicia y cuestión capital de esta obra. Porque la justicia sin entender la intención jamás podrá ser justa. Para estar a la altura de ella, deberá entenderse qué es, que en la medida en la que esté basada en la intención jamás será ideológica o dogmática, mas sí adaptativa, entendiendo las circunstancias y actuando en consecuencia; emanando de lo más profundo del ser humano, honesta y fraternal, desinteresada y agradecida; portando un claro mensaje: proteger el bien. La justicia creará mientras su análogo destruye, que en la medida en la que lo hace su única fuente de abastecimiento serán los demás, de quienes extraerá todo aquello que por sí mismo es incapaz de generar, recursos. Y, si bien la política nunca fue ni será objeto de este libro, en muchos inevitablemente resonará la tiranía de una ideología con la que nadie es honesto y en la condición de respeto por la libertad del prójimo jamás podría hallar simpatía. Así pues, la naturaleza, soberana y justa, dará sin esperar nada a cambio, y el ser humano, como parte de ella, deberá hacer lo propio, que no será otra cosa que vivir en concordancia. Sin embargo, no siempre será así, indicativo de interferencias y, por tanto, fricciones. El causante y análogo será el ego, tan reconocible en los demás como desconocido para uno

mismo, que no por infortunio, sino gracias a la tecnología, ahora se sustentará en ella para hacerse un titán colosal.

Pese a ello, no sería apropiado y, mucho menos justo, señalar a un solo culpable, pues desde que existe memoria existe ego, experiencias vividas y creencias adoptadas que han moldeado la identidad del individuo. El problema, pues, no lo causaron estos conceptos, sino el contenido que se escondía tras ellos. «Me merezco unas vacaciones», decía uno con falta de implicación en su puesto de trabajo; «Me merezco un largo descanso este fin de semana», decía otro que se acostaba a altas horas de la madrugada jugando a videojuegos; «Me merezco una deliciosa cena», apuntaba un tercero que no hubo hecho deporte desde que tenía uso de razón, y «Me merezco una buena esposa», se atrevió a decir un cuarto que jamás reunió el valor para entablar conversación con esa hermosa mujer que se cruzaba a diario.

Esos egos, forjados en la debilidad y recostados sobre la comodidad, dieron lugar a la victimización, y los pecados capitales hicieron acto de presencia, cimientos que impregnaron la intención de maldad. Su contrapeso, la fortaleza, quedó ridiculizada como el enemigo, y es que muchos vieron en ella la temible amenaza que desenmascararía sus patrañas. Así, a toda prisa, nerviosos e inseguros, se abocaron a la justicia, invirtiendo la ética y aspirando a salir indemnes. El universo, ojo que todo lo ve, jamás dio su brazo a torcer, encontrando en estas argucias la inspiración necesaria para cobrarse con tal cobardía las civilizaciones que sus ancestros construyeron con el esfuerzo y valor que, a ellos, por desgracia, les faltó. Y así, de la necesidad al me merezco para racionalizar las emociones y eliminar el remordimiento de conciencia. Si la necesidad por saber creó la tecnología, esta fue el combustible que alimentó todas las demás. Porque, cuando se hablaron de ellas, el ego no conoció la diferencia ni reconoció sus límites, utilizando la vía fácil para extenderlo a todo aquello que le convino; y es que el que padeció un mal, cuando quiso darse cuenta, ya los hubo padecido todos.

En estas circunstancias, quise entender la realidad y busqué y busqué. Lo hice durante largo tiempo y, justo cuando creí haber finalizado, encontré el elixir del conocimiento: lo cambió todo. Tuve que refundar mi obra, el premio que esta me refundó a mí. Así, como nuevo ser, recurrí al hallazgo, con los principios herméticos por las tablas de multiplicar metafísicas para reformular la ecuación. Quise entender la ética y solo tuve que asimilarlos, desgranar la intención y aplicarlos. Bien y mal como las dinámicas de expansión y contracción del universo, como los dos polos de una misma sustancia separada por la calidad de su frecuencia vibratoria; desigualdad como garante e igualdad como verdugo; inspiración y espiración como su reflejo en el ser humano, y vida y muerte como la renovación de los infinitos ciclos a los que llamaron tiempo.

Gracias al concepto de *polaridad*, comprendí todavía más: que masculinidad y feminidad eran los estandartes de generación y regeneración, razón y sentimiento, llave de la vida; y que el acto sexual era la máxima expresión de la relación mental con el TODO. Algunos osaban contradecir estos principios desde la realidad que los concibió. «¡Qué osadía!», exclamaban los maestros, que observaban como la ignorancia azotaba sin piedad a sus aprendices. Y así, en estas extrañas circunstancias, se dieron encuentro los polos de la contradicción. De ellos nació la igualdad, que, fundamentada en el miedo y para evitar el riesgo de vivir, condujo inexorablemente a la muerte. Pero no fue la única, los índices de nutrición se encontraban en máximos históricos; la natalidad, en mínimos. De nuevo, la contradicción hacía acto de presencia para reconciliar los opuestos. Los flujos energéticos fluían de la realidad material hacia la virtual. Allí la actividad era máxima y el sentido común establecía una clara causa y efecto: dado que la energía ni se creaba ni se destruía, lo uno iba en detrimento de lo otro. La tecnología había sido un portal a la imaginación, y ahora esa energía fluía hacia la construcción de ficciones cada vez más verosímiles. Sin embargo, la reproducción allí no era físicamente posible y, por lo tanto, esa rémora succionadora afectaba negativamente a la vida. La comuni-

dad se desangraba lentamente, lo más alarmante es que el enemigo pasaba inadvertido, como un virus en estado latente.

Estaba preocupado, debía obrar con celeridad y recurrí al único reducto que nunca me había fallado: la justicia. Su cometido, rectitud en el veredicto; sus maneras, diplomacia entre las partes. Bien como expansión, mal como contracción y magistrado como ángel de la guardia. Cuando entendí lo que sucedía, quedé estupefacto; no quería creerlo, y todavía menos podía aceptarlo. Habían hecho del santo grial del progreso una línea de producción en masa, estandarizada y predecible; acotada y burocratizada, más preocupada por la aplicación de procesos que por la interpretación de los hechos en su debido contexto. Cada vez más estática, impersonal e inflexible, se había convertido en el instrumento del tirano para perpetrar el mal y salir indemne. Agazapado tras los organismos públicos, se defendía con la ambigüedad, se beneficiaba de la burocracia y hacía uso de la negación plausible. Si, como declaraban los herméticos, el saber partía de observar la obra del universo, el bien lo hacía de vivir conforme a ella. Carecía de sentido tratar a los diferentes como a iguales, se les hacía daño y se les mutilaba de su singularidad, generando dolor y muerte en forma de depresión y suicidio. Contradecía la vida en una realidad en donde esta valía tan poco. Porque más mataba el estereotipo social que el riesgo del que se huía adoptándolo. Por desgracia, la verdad objetiva, el hecho, había dejado de importar, y la subjetiva, su interpretación, descendía proveniente de los estamentos más elevados de la sociedad y lista para sacar provecho. Si el primer mal endémico fue la necesidad, el segundo llegó con la reforma de la justicia. La virtud griega o el derecho romano no quedaron en desuso, sino que fueron despóticamente desahuciados. La ética posmodernista culminaba su trabajo mientras que la comunidad, paradójicamente una vez más, lo refrendaba y pagaba la cuenta. Los fundamentos se encontraban maltrechos con un paciente al borde del paro cardíaco. Vivíamos el ocaso de otra civilización y las similitudes con la historia asustaban a cualquiera.

Reconozco los riesgos de escribir. Crear te expone a la crítica del que solo consume, escondido bajo el dulce paradigma de que no hacer nada es mejor que equivocarse. Sin arriesgar y agazapado en su madriguera ladra, no en disconformidad sino por envidiar el valor del que carece. Reconozco también el riesgo de la afirmación, que de forma asertiva parcializa y divide. Y reconozco también la mezquindad del que ni crea ni se posiciona, traicionándose a sí mismo con tal de contentar a las masas. Pero el error te hace humano y el humano debe estar vivo. El que huye yace inerte, vivo solo en apariencia y con algo que obstruye la naturaleza expansiva de ensayo y error que le ha traído aquí. Ese algo es el miedo, que empequeñece y aspira a empequeñecer a los demás a su paso para salir indemne; su catalizador de sobra conocido por todos.

Antes no te podías permitir huir del miedo, pues el canje era la muerte, y, para ahora que sí, la realidad se presenta digitalizada y obtusa, como un deforme. Un funcionamiento que recuerda al de un agujero negro, que engulle sin dar nada a cambio. El miedo es humano; pero al que lo sufre y no lo combate, sino que deja que se extienda en su interior, le esperarán irremediamente todos los males. Su compañía no solo no será grata, sino que, además, no será conveniente. Por el contrario, al que se sobreponga le esperará la vida. Será parte de la creación que hace caer una a una todas las fichas de dominó, como una chispa que detona la parálisis, un fuego que arde hartado de tanto pesar.

Mi camino es una lucha y un porqué: por qué la comunidad es como es, por qué el ser humano se comporta como se comporta, por qué no cambia y tampoco aprende, por qué comete los mismos errores, por qué finge constantemente, por qué el poder o el dinero lo cambian, por qué la política lo torna voluble. Escribir son palabras y significados basados en percepciones. Es imperfecto y eso está bien, pero cabe entender que desde la elección del asunto hasta el uso de las palabras es subjetivo. Incluso los autores más enfrascados en el rigor y que buscaron poner remedio a ello con el uso de un lenguaje rígido e impersonal fracasaron, pues realizaron

un trabajo que comenzó con la subjetividad de haber querido escribir sobre lo que, en efecto, más tarde escribieron. Es imposible eliminar la subjetividad sin suprimir ser humano.

Lo que a mí me inquieta y produce exasperación será compartido por otros ciudadanos que lean este libro, y que mi fuerza para escribir haya afluído de mi individualidad no significa que su resultado deje de ser de provecho para el resto. No seré egoísta si sirviéndome a mí mismo sirvo también a los demás. Una acción basada en la individualidad también puede tener consecuencias holísticas. De hecho, el deber es un espejismo que se desvanece cuando entiendes que ese individuo necesitó de ese deber para vivir. Su causa pudo ser más noble, pero su fraternidad quedó neutralizada por la necesidad de fraternidad. El mártir actuó en favor de los demás por el bienestar que a sí mismo le causó, y creo encarecidamente que reconocerlo nos hará más humanos, compasivos y, en última instancia, aptos para servir a la comunidad conforme a nuestras aptitudes innatas.

Esta obra nació como inquietud al principal problema que acuciaba en mis días: la ausencia de reflexión y las devastadoras consecuencias que consigo trajo. Quería reflexionar y quería hacerlo con una base de análisis histórica que me permitiese desplegar todas las aristas del problema. La caída de la República de Roma representó eso por su polivalencia: división popular en un momento de gran fragmentación política, con una sociedad decadente y en un contexto de gran riqueza filosófica. La pérdida de valores y propósitos acompañada con un galopante materialismo es el denominador común con la actualidad; la riqueza helenística trasladada a la política y sus formas de gobierno lo que me permita invitar al lector a acompañarme en esta aventura. Una en donde dejar de lado las limitaciones que constriñen nuestro día a día, establecidas por unas creencias sociales que no responden a la lógica, sino al interés espurio de quienes las financian. Estoy seguro de que, acercando al lector a lo ya vivido, lo venidero verá rebajada esa tonalidad grisácea que deja el futuro en una posición translúcida y de difícil acceso.

Es el año 50 a. C., Quinto, dux y comandante en jefe de varias legiones, decide retornar a Roma tras sus campañas en la Galia, donde ha cosechado grandes éxitos. En su vuelta, se debate entre dedicarse o no a la vida pública. La República atraviesa momentos de gran tensión y fragmentación política mientras su amor por Roma y sentido del deber le impelen de nuevo a ponerse al servicio de la comunidad. Él son mis ojos y mis oídos en Roma, y yo me encargo de lo que me corresponde para con el presente. Nos separan varios milenios de ese tiempo que se escurre entre las manos y que todavía nadie ha sido capaz de definir con exactitud, quizás porque ese atributo no le corresponda; pero ello no es un problema en lo que respecta a escribirnos, dialogar y debatir sobre la recurrencia de estas dinámicas de bonanza, esplendor y decadencia. Con gusto tiene de vuelta las respuestas a unas cartas que reflejaron las inquietudes que en soledad vivió y que en soledad se llevó consigo. Nunca es demasiado tarde para recuperar asuntos que, si bien se creyeron concluidos, tan solo se encontraban en barbecho. El vencimiento del marco que les daba forma los desvaneció, y la renovación los invita de nuevo al baile. Una vez más, ha sido el tiempo que los ha traído de vuelta, porque siempre vuelven, y, aunque a veces el aire se respire denso y el vivir efímero, nuestras vidas son parte de longevos ciclos que tardan más años en cristalizar de los que alcanzamos a atestiguar en vida.

Con una estructura epistolar que consta de dieciocho cartas, mantengo correspondencia con Quinto para incluir mi particular visión del mundo, aproximando gradualmente al lector a las similitudes entre ambos pasajes de la historia. Aunque se podrá respirar un caudal común entre todas ellas, en cada carta abordaré en esencia una cuestión. Aunque el paradigma que las represente haya cambiado, compartirán el trasfondo, que es, en definitiva, la matriz generadora de sucesos. El debate no estará en el semblante sino en los engranajes que hacen funcionar al autómatas. Si bien existirá la voluntad de escribir con consistencia y rigor, la existencia es demasiado compleja como para controlar la dirección e intensidad de los razonamientos.

Por último, pero no menos importante, quiero agradecer este libro a todas aquellas personas que creyeron en mí y que, de una forma u otra, me ayudaron a hacer de un sueño mi realidad. Unas veces, fueron conversaciones; otras, lecturas inspiradoras, y otras, simplemente, silencio y observación para que la quietud hablase y la soledad escribiese. Nunca lo hubiera finalizado sin cambiar quién soy; nunca hubiera cambiado quién soy sin cambiar mi entorno; y nunca hubiera cambiado mi entorno sin la convicción y determinación necesarias. Unas veces, siento que las decisiones me pertenecen, pero otras que se me escurren de las manos, como si el destino hubiese querido contar esta historia y yo fuese su retransmisor. Y quizás así haya sido, doy las gracias por ello y me muevo como un fluido del universo. Gracias a ti, constancia, y también a ti, confianza, por acompañarme en este largo trayecto para llevar el velero a buen puerto. Su resultado no ha sido un producto, sino un proceso de aprendizaje en una sociedad en donde el mercadeo académico resume la operativa. El camino ha sido largo: primero, reflexionar sobre la realidad; después, reparar en la necesidad de ser consciente para percibirla libre de creencias y sesgos; luego, desenmascarar al mal que pretende suplantar al bien, y, por último, atender al miedo como el mayor impedimento para lograrlo. Para lograr dar con el sentido de la vida, vivirla conforme a tus habilidades innatas: aquellas que te harán expresarte plenamente, brillar con el progreso y ser feliz venciendo al miedo.

Bienvenidos a *Cómo y por qué el mundo te engaña*.

I

2000 AÑOS DE HISTORIA

«Nos volvemos justos realizando actos de justicia; templados, realizando actos de templanza; valientes, realizando actos de Valentía».

ARISTÓTELES

Querido Quinto, si pudiéramos vernos, compartiríamos nuestros puntos de vista. Hubiéramos mantenido acaloradas discusiones sobre las diferencias entre ambos pasajes de la historia para acabar claudicando ante la evidencia, que esta se repite no por la falta de memoria, sino de entendimiento, y que el verdadero dolor no se encuentra en la acción, sino que se enquistaba con la ignorancia. Hubiéramos disfrutado de nuestra presencia y yo podría haber tenido el amigo que nunca tuve. Cometí el error de creer que la abundancia supliría la carencia, pero una vez más el tiempo me mostró que una cosa era compañía, y otra muy distinta, amistad. El tiempo es y será remedio de todo mal porque nada prevalece para siempre, sino que cambia y transmuta, desplazándose entre los diferentes planos de la realidad. Le estoy agradecido, y por eso te pido paciencia. Has esperado más de 2000 años estas respuestas y ahora, por fin, el universo ha considerado que era el momento de componerlas. Aquí están, provenientes de un remitente anónimo y servidor de los dioses hacia un destinatario bien conocido por los antiguos cónsules de Roma como dux el Quinto. También se te co-

noció por el nombre de Quinto el temible, Quinto el magnánimo y Quinto el último de su nombre. Hiciste el número beato y tu nombre, santo. Es un honor escribirte, los que van a morir te saludan.

Tuviste revelaciones y entendiste el poder de la filosofía. Un acto de introspección que, tras un proceso de observación, serviría para integrar el cambio. Qué bonitos mensajes dejaba el universo: obsérvame y cambia. Un reencuentro con uno mismo que persigue respuestas como mera consecuencia y cuyo verdadero poder reside en las preguntas que cada espíritu en singular se formula y en pluralidad responde.

Aunque no sepas quién soy, te conozco bien. Reparo en todo lo que escribiste y me hago a la idea de cómo debiste sentirte. Mostraste gran preocupación por la deriva que acechaba en Roma. Advertías de cómo el vicio remplazaba a los hombres rectos, y la respuesta fue un incómodo silencio. Recurrías a algunos de tus precursores para no sentirte solo:

- A Epicuro por sus majestuosos dotes para conciliar racionalidad con placer, y también por la fraternidad que le caracterizaba hacia la comunidad, siempre atendiendo al bienestar del alma.
- A Catón el viejo por su rígida disciplina en vida, y también por su coraje para arrebatársela.

Escuelas erróneamente concebidas como contrapuestas en mis días que sirvieron de catalizador de ideas en los tuyos. Desgraciadamente, tras varios milenios, de las escuelas helenísticas ya solo queda el nombre. Ahora nos educan en la banalidad del placer corpóreo y nos hacen creer que priorizar la debilidad de espíritu es razonable porque vida solo hay una. ¿Te das cuenta de cuán peligrosa es esta justificación? Nos hablan de que el tiempo es un préstamo y nos incitan al vicio, tentándonos constantemente con precoces placeres. Nos alientan a entregarnos a nuestros impulsos mientras omiten el mal que comportan: egoístas para con lo material y vanidosos para con su contraparte; las personas, utilizadas como meros instrumentos. Y lo hacen evidentemente porque

sacan rédito con ello, nuestro comportamiento es su producto y con el hábito refrendamos su negocio. El placer instantáneo como manera rápida de hacer dinero. En vez de desarrollar compasión y empatía guiando al débil por el camino del progreso, granjean, trocan, aprovechan y maximizan su debilidad. Eso no está bien, no es humano y no solo debe ser reprochado, sino también condenado.

Tendrás tiempo de entender quiénes son y por qué han ensuciado el majestuoso legado de Epicuro para justificar una actitud frágil y recriminable, pero por ahora permíteme continuar, pues todavía hay más: prosiguen con una decadente moralización del argumento, persuadiéndonos con que no hay nada de malo en ello y con que es lógico querer disfrutar, pues vida solo hay una. Normalizan una conducta deshonesta porque sirve a sus intereses, y, mientras tanto, los ciudadanos se encuentran en medio de todo, indolentes y caminando la mentira como nuevo bien común. Padecen ansiedad y se preguntan por qué, depresión, y se cuestionan por culpa de quién. Hemos pasado del gladio como ajuste de cuentas a la instrumentalización de la educación como inhibidor. Y, por qué no decirlo, con notables resultados: poca disidencia, controlada y desacreditada de partida, relegada y marginada por amenazar mediante el uso de la lógica a las hordas del poder, adiestradas para orar las plegarias que aprendieron por aliteración. ¿Que cómo lo hicieron? Pan y circo, querido Quinto. Gracias al entretenimiento, cada vez más abundante y en un estado de perfeccionamiento que asusta. Quien creyó que la religión estaba muerta no entendió el reemplazo que acaece en mis días. El fanatismo ya no porta ornamentos ni piedras preciosas, sino que bajo viejos andrajos se oculta, sacando provecho del miedo y sus diferentes manifestaciones: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. Bautizados en mis días como los siete pecados capitales, se encargan de no dejar títere con cabeza. Entre dulce cicuta e insípida frugalidad, siempre me verás del lado de lo beneficioso, pues lo placentero es traicionero.

Corren unos tiempos como los tuyos en apariencia, pero con una degeneración que se extiende en todas direcciones. Comienza

en las grandes urbes, desconectadas del medio ambiente encargado de realizar los necesarios procesos de reciclaje vibracional, y continúa hacia montañas cada vez más áridas y ríos cada vez más secos. Las urbes son un problema, no en sí mismo, sino por lo que ello implica: lejanía del medio natural, falta de conexión con la madre naturaleza, reducción del entendimiento colectivo y foco en el individual. En esa individualidad la mente crea, la mente habla y la mente mata, pero no me malinterpretes, pues no estoy en contra del individualismo, sino de que ello se haga a expensas del colectivo. El objetivo debe ser convertirse en la mejor versión de uno mismo, no por regocijo, sino para contribuir con ello a la mejora del conjunto.

El entendimiento de la vacuidad acaece como pieza fundamental en ello. Este concepto budista consiste en refutar la existencia intrínseca de cualquier elemento material, descomponiéndolo en sus causas predecesoras y cancelando así el apego generado por la realidad material. Con ello se consigue calibrar la percepción de la realidad, proveyendo a la razón de las herramientas para sobreponerse a la irracionalidad de los sentidos. En mis días, este conocimiento ha sido relegado al anonimato y tildado de *hippie*; reemplazado por la imperiosa necesidad del yo, autoconcebido y suficiente en sí mismo, prisión de las emociones destructivas y cadena perpetua para la felicidad. La desconexión es total y el equilibrio está roto. Estas emociones, al igual que sucede con el enemigo, acostumbra a presentarse con el nombre de otro para adormecer al paciente. Hablan mucho, pero dicen poco porque su cometido no es informar, sino aturdir primero y enturbiar después. Nunca se hacen responsables e ingeniosas ellas, siempre dan con algo o alguien a quien culpar. Maldicen constantemente para que no repares en analizar tu propio comportamiento. Lo que en realidad hacen es huir, y con cuanta más fuerza se presentan con más ahínco lo intentan, enmascarando así los problemas que lentamente se fraguan en el interior. Por eso, es recomendable tomar distancia, alejarse de su campo de acción y observarlas como si

no fuesen contigo. Lo llamo el estado de tercera persona, y bajo este enfoque te será posible desapegarte de estas emociones tan poderosas y transmutar tu comportamiento, redefiniendo el marco de causas y efectos albergados en tu espacio-tiempo. En culturales orientales, una vez más, lo llamaron meditar; en Occidentales y con Demócrito por punta de lanza, ataraxia; y yo me pregunto: ¿qué es la meditación sino un proceso de reflexión por el que deconstruirse para construirte de nuevo? Un estado de ánimo de imperturbabilidad, sosiego y calma; en donde el alma se encuentra en total tranquilidad, ausente de deseos y temores.

Me fascina ver cómo en cada recóndito lugar del mundo se abordaron las mismas inquietudes acuñadas con terminología diferente. Se trata de lo que te dije y te repito: que la palabra es relativa y que su importancia reside en el significado que se le otorga y la pregunta a la que responden. Es la belleza de escribir, llegar al mismo puerto con diferentes embarcaciones; unas veces, navíos mercantes y otras, buques de guerra. La lejanía te pondrá en lugar seguro y evitará que te afecten sus argucias. Pensarás con claridad y juzgarás con rigor. Quinto, trabaja en encontrar las causas que desenmascaran esas emociones y líbrate del bucle en el que te mantienen cautivo. Sucedió en Roma y también en Occidente. Ha habido una tremenda evolución tecnológica que ha cambiado por completo el aspecto del mundo, con más simbologías y creencias que nunca. Sin embargo, la naturaleza humana continúa vinculada a sus instintos más primitivos, llamando amor al deseo, felicidad al placer y justicia al rencor. Estos instintos son en realidad emociones, antes velando por la supervivencia, ahora como vestigio de una realidad cambiante. Gracias a ti, Heráclito, por esas enseñanzas que nos recuerdan que la naturaleza es un incesante cambio por siempre y para siempre.

Quiero que entiendas con claridad que el contenido ha mutado, que se adapta con rapidez a los tiempos y que busca sobrevivir. Es retorcido y perspicaz, se mueve con cautela. La confusión ética amenaza los cimientos socráticos y ya nadie sabe la diferencia entre

virtud y defensa; la excusa se ha convertido en justificación y el concepto del bien ha quedado desdibujado. En este contexto, te diría que estoy perdido; pero te mentiría, pues no es convicción lo que me falta, sino compañía. A veces, la soledad me pone a prueba, pero también demuestra si mis argumentos eran tersos. Genera satisfacción saber que sí. Por eso te digo: no me pertenece a mí ese sentimiento, sino a la comunidad en su conjunto, que no sabe qué hace ni por qué lo hace. Era uno de los riesgos de hacer implosionar el sistema de valores y ahora se paga en forma de carencias afectivas y falta de rumbo. La creatividad se apaga y la vitalidad decae, la tecnología succiona la energía y no deja más que un reguero de indolencia tras de sí. Se trata de un arma de doble filo que hace a las veces de punta de lanza y de lastre creciente. De ello depende el avance de la humanidad en mis días, pero los efectos secundarios son realmente adversos: pérdida de interacción social, aislamiento, aumento de la irascibilidad y falta de empatía. Las emociones están reprimidas; la energía, enquistada, y el acto de liberación son de mayor virulencia que nunca. Lo que acaece es terrible porque, mientras que los beneficios se proclaman como victorias —pues impera un cortoplacismo por el que la productividad y el enriquecimiento son argumentos suficientes—, los perjuicios se silencian sin cuestionarse por qué, indicativo de intereses, como digo, de dudosa procedencia.

Las personas ya no dedican la totalidad de su tiempo a interactuar con lo que al uso se consideraría real, sino que gradualmente dedican más tiempo a una nueva realidad de carácter virtual que eclipsa nuestras vidas tradicionales; unas veces por necesidad y otras por entretenimiento. Con cada avance, el dolor crece porque su dependencia aumenta. Está en todas partes, y sin educación la diligencia cede paso al abuso, que saca lo peor del humano, potenciando todo rastro de pecado capital, en adelante vicio. La tecnología representa el apalancamiento y, por lo tanto, tiene la facultad de apalancar. Si a ello le añades la ética, observarás que la tecnología es capaz de amplificar el bien, pero también el mal. Por-

que, en realidad, se trata de una herramienta más sofisticada con la que afrontar la selección natural: te obliga a elegir entre elevarte por encima de ella o quedar a su merced; es una embarcación más grande con la que navegar la vida, que bien dirigida te llevará más rápido más lejos. Pero créeme cuando te digo que, si no tomas el control, naufragarás; y que, de hacerlo, para cuando quieras darte cuenta, te habrá esclavizado hasta el punto de que no concebirás tu existencia sin ella.

Platón, al que me consta que tuviste el placer de leer y que tanto influenció en tu manera de entender el mundo, enumeró un total de cuatro virtudes morales o cardinales; y, aunque no conozco el motivo por el que les dio ese nombre, me figuro que las conceptualizó como las coordenadas de la brújula con la que navegar la vida. La templanza fue la primera de todas ellas. A mi entender, no es otra cosa que someter la voluntad animal a la racional o, dicho de otro modo, sobreponerse a las emociones, algunas de las cuales conducen a los ciclos destructivos que con todo tipo de detalles te explicaba. Y aquí quería llegar, a que estas emociones se han alimentado gracias a la tecnología y a que han crecido sin cesar, hasta el punto de erigirse como verdaderos gigantes, fortísimos e incapaces de maniobrar. El vulgo ha perdido el control y la ecuación se ha invertido: ahora son esclavos de su propia creación. No puedo negar mi nerviosismo por el alcance y la gravedad de la situación, y recurro a la razón como único lugar donde todavía existe cierta libertad para presentar batalla, y digo cierta porque incluso en ella hay salvedades.

El paradigma tecnológico de mis días ha traído consigo una inmediatez que permite poder saciar los apetitos más primarios del cuerpo cuando estos se presentan y en cuestión de segundos. Esta precocidad implica que, paradójicamente, en la era de la facilidad, se deba ser más fuerte que nunca. Vivimos con ese placer instantáneo al alcance de la mano, tentándonos constantemente, a cada minuto y a cada segundo, y debemos combatirlo si queremos mantenernos como personas tenaces y de provecho para la comunidad.

La tecnología se ha cobrado su primera víctima, la templanza, y, como consecuencia de haber alterado este equilibrio, la razón es menos cabal que nunca, víctima de un instrumento que nos sojuzga. Así pues, la tecnología se ha convertido en la gasolina que aviva las pasiones y erguido en la llamarada resultante. Ha alterado el sistema de recompensa, la dopamina, aquella que otrora nos impelía a sobrevivir cuando nos proporcionaba placer al comer o mantener sexo —dos funciones vitales: nutrición y reproducción—, y que ahora se encuentra totalmente desconcertada ante las injerencias del paciente, que no encuentra medida en su comportamiento, incapaz de decir basta a los frutos envenenados que esta creación ofrece primero para, doblando la apuesta, arrebatarnos después. ¡Juega con unas cartas marcadas, y bien saben los dioses que no describo el comercio sino la usura! Me duele ver como el éxtasis producido constituye el furor que con posterioridad da paso a una nueva toma. Esta dinámica ha anestesiado al paciente, y por ende a la comunidad, inconsciente de que ha entregado su voluntad por unos cuantos narcóticos. Un placer que con el fin de suprimir el dolor emocional ha creado hordas de adictos con más dolor que nunca. Porque, como toda droga, el consumo ha generado tolerancia y su efecto menguado, con un vigor alicaído y una voluntad voluble.

Si reparas en analizar lo que describo, rápidamente hallarás similitudes con el comportamiento patricio que tanto hartazgo produjo entre los estoicos de tus días. Comían, bebían y tomaban mujeres con gran ansiedad, como si tuvieran que dar salida a todo lo que no eran capaces de domar y que ganaba bravura con su holgazanería. Sin embargo, mientras que en la República de Roma tan solo los patricios tenían acceso a esa vida de lujo y opulencia, en el posmodernismo y gracias a la generación de riqueza fruto de ese desarrollo tecnológico, la vida de vicio, placer y despropósito está al alcance de cualquiera. Afrontamos el mismo problema, la falta de propósito, con el agravante de la tecnología, que magnifica sus dimensiones. Me pregunto qué hacer y miro hacia Roma para entender las aristas del problema. Lo veo con claridad, lo entiendo

y lo asimilo. Dejo tiempo para que ese conocimiento penetre en lo más profundo de mí, para que se asiente en mi ser y forme parte de mi identidad, no la dada sino la elegida.

Quinto, aquellos que se creyeron por encima de la ética se equivocaron una vez más, porque prescindir de la virtud siempre tuvo un precio; porque sin templanza solo quedan esclavos. Todo tiende a restaurarse, porque no se puede privar al universo del equilibrio al que pertenece, ley de compensación de la que con gran gusto te hago entrega. Entenderás más, te pido paciencia. Adiós.

